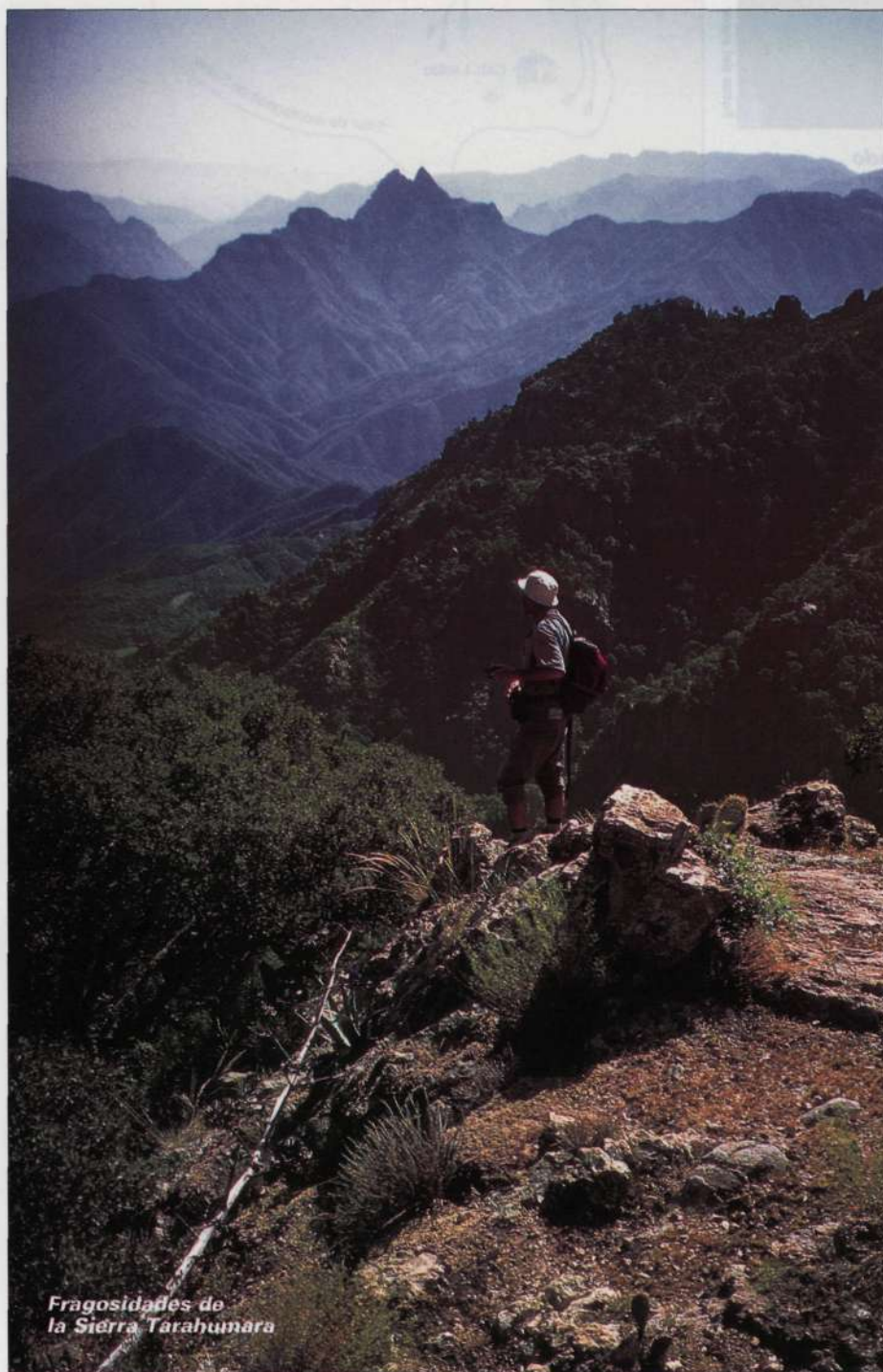


LA BARRANCA DEL COBRE

Txomin Uriarte



Fragosidades de la Sierra Tarahumara



L A víbora está enojada. No le hicimos caso cuando gritó y se enojó. Ahora aléjense no más para que no salte”, nos avisa Neto a los últimos del grupo. A unos dos metros delante de nosotros, cruzada en medio del camino, una serpiente de cascabel, estirada como un metro de largo, absolutamente inmóvil. Parece un palo. Neto escupe para que no le haga daño y le habla para que se marche. Al cabo de un rato, empieza a ondularse y se va apartando hasta que desaparece entre los arbustos.

Estamos en la mañana del segundo día de marcha y la escena se ha repetido ya unas cuantas veces, con pequeñas variaciones. La vez anterior Neto, el guía, nos ha hecho un gesto para que prestemos atención al siseo del cascabel de otra serpiente que “chillaba” para avisarnos que estaba allí. Hemos dado un rodeo y hemos seguido nuestro camino en paz.

Ya nos habían advertido que la serpiente es uno de los peligros del trekking por la Sierra Tarahumara, en la Sierra Madre Occidental de México.

Areponapuchi

La aventura empezó ayer. Han pasado ya diez días desde que salimos de casa, y hemos hecho un largo viaje de avión, un par de ascensiones a cuatromiles en Estados Unidos y muchos kilómetros de carretera. Pero ayer, al bajarnos del tren, en un momento clave lleno de suspense, se materializó el proceso de preparación. La verdad es que el propio recorrido del ferrocarril de Chihuahua al Pacífico es tremendamente interesante, ya que se trata de una obra de ingeniería excepcional a través de un paisaje distorsionado. Nos ha mantenido en vilo el trozo que hemos hecho hasta aquí, pasando por Cuahutemoc (la ciudad de los granjeros menonitas), Creel (la capital de la sierra Tarahumara), El Lazo (el punto de mayor altitud del recorrido, en el que la vía traza una curva helicoidal, volviendo a pasar por encima de sí misma — algo como lo que hace la carretera de Belagoa antes de llegar al collado de Eraiz—) y por fin la parada en El Divisadero (para que los turistas puedan ver la barranca 1.300 metros más abajo).

Pero siempre nos quedaba la duda de si los contactos para contratar al personal que había confirmado Antón hacía mucho tiempo por fax y por teléfono, habían tenido éxito. Nosotros allí llegábamos pero ¿estarían ellos esperando?

Al bajarnos del tren en Posada Barrancas y descargar ordenadamente nuestros nueve bultos se despejó la incógnita. Allí estaban Pedro Palma, el organizador, los dueños de los animales y un poco más lejos, en segundo plano, los indios tarahumaras que nos iban a acompañar en el trekking. Fue un bonito momento aderezado por el aire fino de los dos mil metros y la luminosidad de la media tarde en la serranía.

Mientras los indios empezaban a cargar las bestias se desarrolló la negociación para cerrar las condiciones del contrato (al final, 60 pesos por persona y bestia por día, incluyendo los de vuelta) y luego, ya más relajados, Pedro nos comentó el programa del trekking y fue respondiendo a nuestras preguntas.

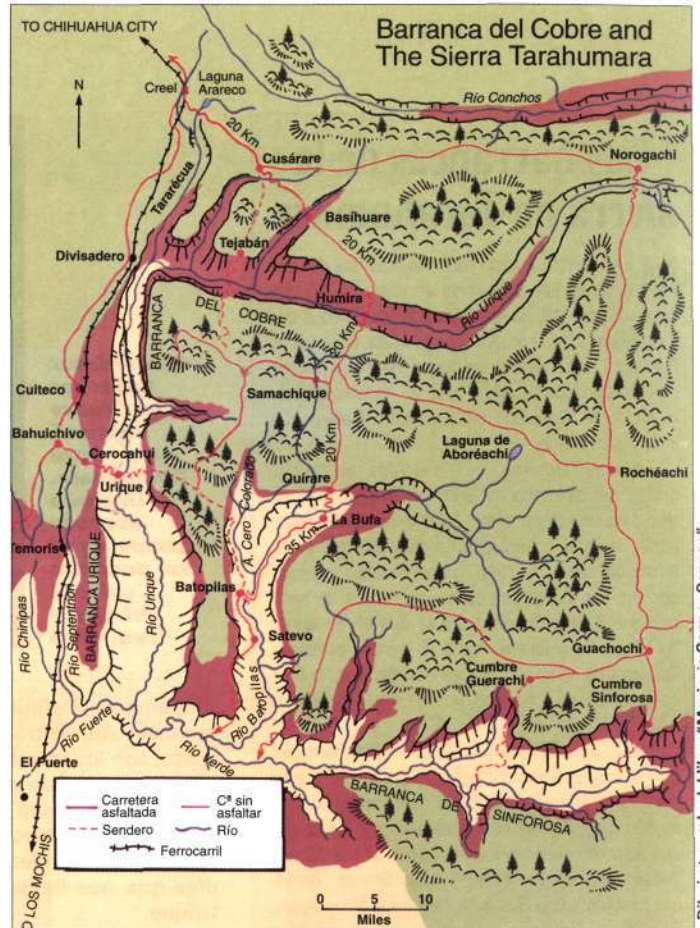
Después de las primeras exploraciones de las barrancas en rafting, la sierra está abierta prácticamente desde hace cuatro años y han accedido ya unos doscientos viajeros, en su mayoría americanos de california, alemanes y franceses, y se han empezado a ver parapentes y bicis de montaña.

En esta zona hay una docena de recorridos de trekking preparados, bajando a las barrancas o cañones del Cobre, de Urique y de Batopilas. Son recorridos que se han repetido ya y que no ofrecen graves peligros. Y hay otros varios que están en proyecto pero que hay que ir a probarlos, por ejemplo, en las barrancas de Sinforosa y de Oteros, De momento son peligrosos.

¿Que cuáles son los peligros? Las condiciones ambientales son muy duras y se



Preguntamos al guía: "¿Qué pasa si nos muerde la víbora?". Tras el silencio ritual viene la respuesta lacónica: "Que no llegamos a Urique"



Dibujo tomado del libro "Mexico's Copper Canyon"



Por estos senderos excavados en la roca han cruzado la sierra conquistadores, misioneros, mineros, revolucionarios y narcotraficantes

pueden resumir en cuatro peligros que conjugan en orden inverso su frecuencia con su gravedad. El primero es el calor, pegajoso en el fondo de las barrancas, donde puede alcanzar cerca de los 50°, con unas diferencias de temperatura en el día de hasta 30° con la zona de la sierra, 1.500 metros más arriba. En segundo lugar "el mosco". Bajo este nombre genérico se agrupan todos los insectos que pululan en la parte baja de las barrancas y pican des-

piadadamente, causando en ocasiones episodios de paludismo.

Más grave es el caso de la víbora de cascabel, de la que abundan géneros y especies. De picadura mortal en muchos casos, los indios las veneran, no permitiendo que se les mate.

Y por último están los narcotraficantes, con sus plantíos de amapolas ocultos en lugares escondidos de la sierra, desde donde transportan el material en camiones

Las barrancas de la sierra de Tarahumara

MÉXICO está cruzado de Norte a Sur por dos cordilleras. Las más largas de ellas es la Sierra Madre Occidental, que partiendo de los Estados Unidos, sigue una línea paralela a la costa del Océano Pacífico. Dentro de ella, se denomina Sierra Tarahumara a la porción situada al Noreste de la cadena, en el Estado de Chihuahua, en la región habitada por los indios tarahumaras.

La Sierra Tarahumara es una extensa meseta alta, de 250 km de ancho por 600 km de largo, con una altitud que ronda entre los 2.000 y los 3.500 metros (el techo es el cerro Mohinara de 3.501 m.). Es un terreno volcánico, de rocas ígneas, basaltos y granito, surcado por grandiosos cañones, a veces de hasta casi dos mil metros de desnivel, que allí se llaman barrancas. Se enumeran hasta 15 grandes barrancas, encuadradas en cuatro cauces fluviales que, al final, desembocan en el Pacífico, en los Estados de Sonora y Sinaloa.

Hay cuatro de esas barrancas, las más famosas, que se dice que son más largas y profundas que las del Gran Cañón del Colorado (que, como todo el mundo sabe, no está en Colorado sino en Arizona), y que sólo son superadas en el mundo por el callejón del río Coica, en los Andes peruanos. Son las "barrancas místicas" de la Sierra Tarahumara: Cobre, Urique, Batopilas y Sinforosa, conocidas todas ellas bajo el nombre genérico de la "Barranca del Cobre".

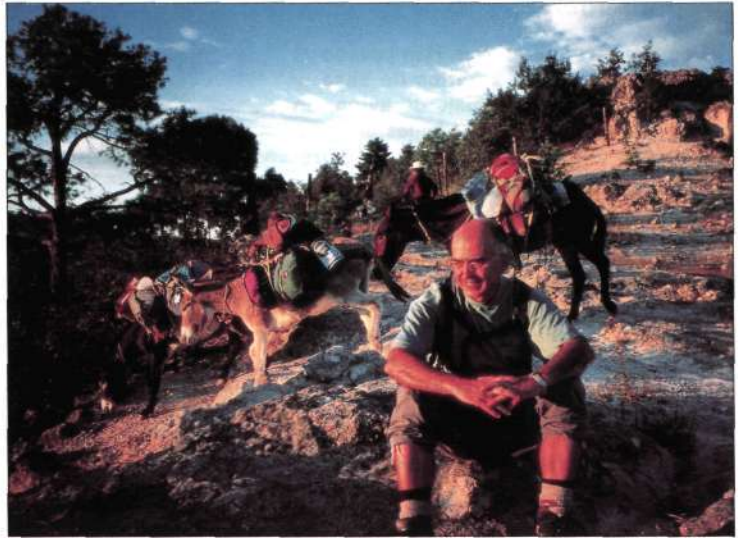
Es una región poco accesible, que ha sido surcada penosamente a lo largo de la historia por conquistadores, misioneros, mineros y revolucionarios, en la cual han sobrevivido, apartándose cada vez a lugares más remotos, los indios tarahumaras. Desde un punto de vista deportivo, montañero, parece que está todo por hacer. La información es muy escasa. Las primeras exploraciones se deben al noruego Carl Lumholtz, que realizó varias campañas a partir de 1880. Luego, durante un siglo no hay prácticamente noticias. Es a partir de 1986 que aparece el turismo de aventura, pero todavía muy tímidamente. Por ejemplo, no tenemos noticia de ninguna cumbre ascendida, a pesar de que hay muchas que se ven provocativas, cercanas, aunque con dificultades de aproximación.

Nosotros teníamos la sensación de que nos estábamos quedando a las puertas de la aventura. Hay mucho por descubrir, por ejemplo, la exploración de la barranca Sinforosa, la de Oteros o cualquier otra de las menos conocidas. Pero hace falta tiempo, dedicación y un sólido apoyo local. El reto está en el aire.



La Barranca del Cobre es un complejo laberinto de cañones de una profundidad de mil quinientos metros

Al atardecer todos los días "llueve apenas" en la Sierra Tarahumara. Un poco después despeja y el sol poniente colorea árboles y roquedos



o avionetas. Definitivamente es mejor no tener un encuentro con ellos... ni, por si acaso, con los federales que los combaten.

Los arrieros han terminado de estibar las cargas por segunda vez, con razón no habían quedado satisfechos de la primera operación, y emprendemos la marcha de cinco días que nos llevará de Areponapuchi a Urique.

Arroyo La Laja

Son las seis de la mañana y todavía falta un par de horas para que amanezca. Me ha despertado el chiporroteo de la hoguera que acaban de encender nuestros arrieros tarahumaras. Me incorporo un poco en el saco para verles. Están los tres en movimiento y sus figuras se recortan contra el fuego.

Neto ha empezado a preparar las tortas, esa especie de pequeños talos de maíz asado que acompaña a todas las comidas (y que nos darán también a nosotros, ya que están incluidos en el contrato). Para ahora ya han tomado el primer café. Neto es el guía. Tiene 38 años y ya ha conducido varios grupos de trekking por las barrancas.

Candelario está sentado. No veo bien lo que hace. Está hablando, con esa tonalidad melódica con la que se expresan, en su idioma rarámuri muy dulce.

Suenan palabras como: "cuira", "ariósi-ba", "¿Pirimi olá ati?" (Hola, adiós, ¿qué haces?) o; "córima... natetábara... cároba" (Un regalo... gracias... de nada). Candelario tiene 37 años y ha sido corredor de bola, el juego-deporte nacional de los tarahumaras. Como nos ha explicado él: "Cuando era más nuevo corría la bola cada domingo no más".

Gabino, su hijo de 19 años, del cual nos despediremos el último día sin estar seguros de que habla castellano, porque no habremos conseguido ninguna respuesta, se ha calzado los huaraches (esas sandalias que son sólo una suela hecha de cubierta

de camión y un par de ataduras) y sale en busca de las bestias, que ayer llevaron a pacer a algún pasto en los alrededores del campamento y que vaya usted a saber dónde pueden estar ahora.

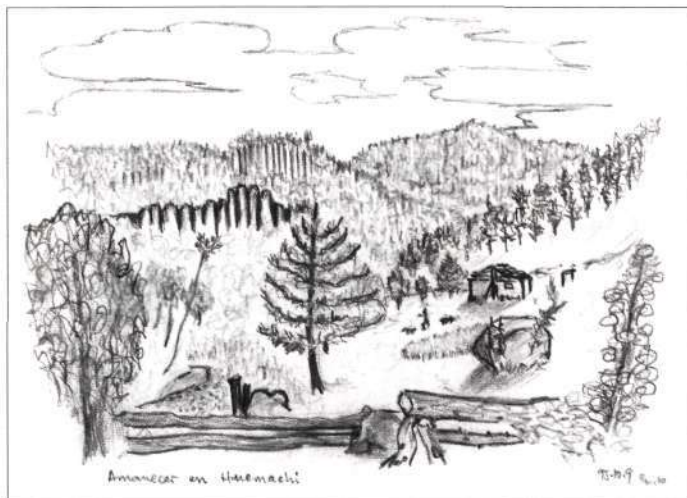
Nos cuesta levantarnos del vivac. La noche ha sido rasa y el rocío ha empapado nuestros sacos. Tenemos mucho tiempo por delante. Poco a poco nos vamos despejando, bajamos al río a lavarnos, preparamos el desayuno y recogemos nuestras cosas. Sólo nos queda hacer las mochilas con lo que vamos a usar durante el día: algo de ropa, la máquina de fotos, comida de marcha, un pequeño botiquín con extracto de veneno de serpiente, pomadas anti-mosquito y mucha agua, previamente tratada con unas gotas de sales de plata y pastillas purificadoras. Cuando entregamos los bultos empiezan los arrieros la lenta y metódica operación de carga de las acémilas. Lleva casi veinte minutos aparejar cada bestia.

Son las diez de la mañana e iniciamos la marcha.

Egido Chiuro

Llevamos ya un rato largo caminando, subiendo y bajando por entre bosques de pinos, encinas y madroños, vadeando barrancos y atravesando collados. Tenemos la sensación de andar dando vueltas, con un horizonte muy reducido, de modo que terminamos perdiendo el rumbo. Y acaba despistándonos más cuando se vuelve a oír el pitido del tren cada vez por un lado distinto.

Estamos siguiendo la dirección del "Camino Real", una de las veredas que servían desde finales del siglo XVII para transportar la plata de las minas de Batopilas hasta la capital de Chihuahua. Hoy Batopilas es una pequeña comunidad tarahumara dormida en el fondo de la barranca, pero hace un par de siglos era una de las villas más ricas de México, en el reino de Nueva



Vizcaya, "constituido en 1562 gracias a las hazañas de su primer gobernador Francisco de Ibarra".

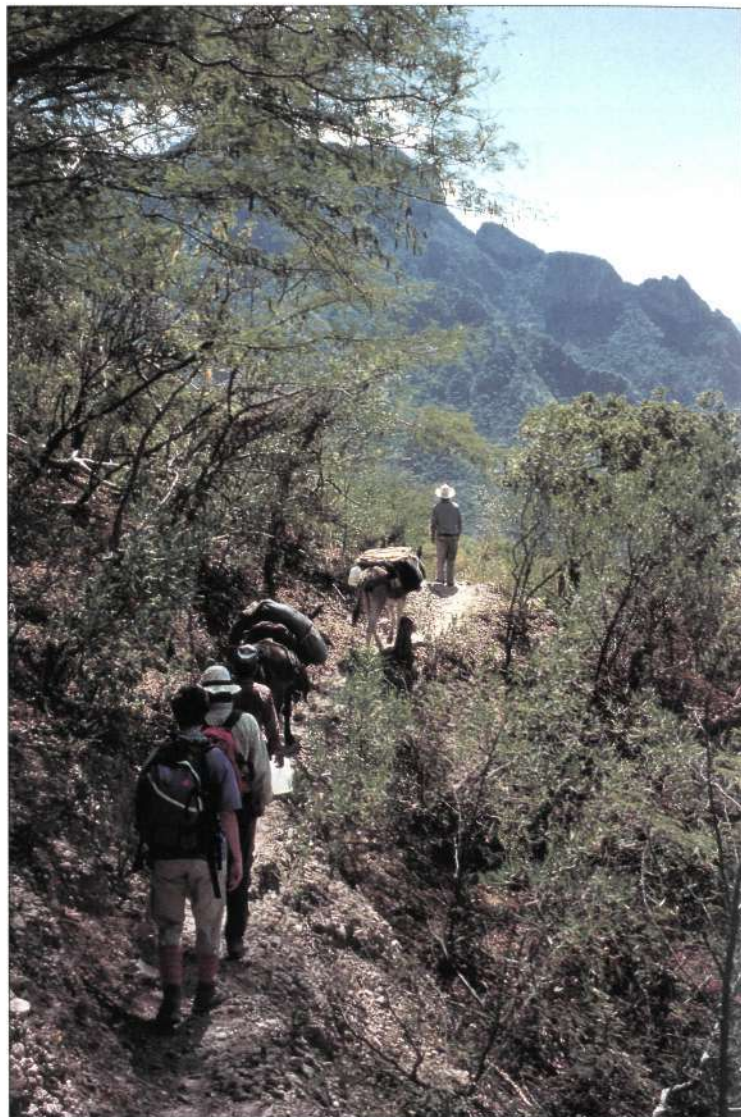
El orden de la marcha ha quedado establecido en tres grupos. En el primero van los animales, y abriendo paso siempre "Monarca", ese burro orgulloso de cabeza tiesa, con ideas propias. Le siguen los otros tres burros y el mulo, el "macho". Sobre todo el primer día iban despacio, protestando, demostrando su oposición a alejarse de casa. Ahora cada vez van más tranquilos, pero los indios saben que en cuanto se les dé la orden de vuelta empezarán a correr, incluso de noche, y habrá que ir frenándoles porque harán en un par de días el trayecto que en la ida se calcula en seis días.

Les siguen los tres arrieros tarahumaras con su andar cadencioso, que parece lento, casi sin despegar las sandalias del suelo, pero que resulta tremendamente eficiente cuando uno de ellos se adelanta para atajar a Monarca, que una vez más ha decidido tomar la iniciativa e irse por su cuenta.

Detrás vamos nosotros cinco, charlando, disfrutando del silencio de la sierra, e intentando, respetuosa pero cada vez más ingeniosamente, entrar en contacto con nuestros guías.

Alguna vez vemos "ranchitos", pequeños caseríos dispersos en un lugar escondido donde se aprovecha el terreno para cuidar unas "vaquitas" y cultivar maíz y frijoles. Al ver desde lejos a un campesino trabajando en un cercado, Neto nos aclara: "Anda el señor barbechando con la yunta". Luego, al acercarnos, nos hemos cruzado

El sendero se retuerce faldeando cerros, vadeando barrancos y atravesando collados



con una familia tarahumara. Se han saludado con nuestros guías uno por uno, dándose la mano sólo rozándose los dedos de la mano derecha y charlando en su idioma en voz baja. Las mujeres casi se han escondido de nosotros.

La única población, unas pocas casas juntas, que hemos encontrado hasta ahora ha sido Chiuro, un egido o pequeño asentamiento urbano con pista de aterrizaje, centro médico, una tienda de comestibles surtida por camión una vez por semana y la escuela en la que estudian internos toda la semana los críos de los ranchitos de los alrededores. Nos ha contado los detalles don Melquiades "el mero mismo director, para servirles".

Mescalerita

Quizá no hemos recorrido un trayecto muy largo, con esa sensación de tantas idas y venidas, pero se agradece la noticia de que hemos llegado al lugar elegido para establecer el campamento. Estamos cansados y sobre todo con los pies doloridos. Es un placer tumbarse y dejarse estar, pero hay que hacer bastantes cosas y la noche se echa de pronto, casi sin crepúsculo.

Un rápido chapuzón en el arroyo. ¡Cuidado con esa culebra que atraviesa el pozo de arriba! ¡Bah, no parece peligrosa, tan elegante, flotando con la cabeza levantada! Tito y Ana se afanan cuidadosamente en preparar la cena a base de las vituallas que compramos en el mercado de Chihuahua. ¡Y hoy también habrá calabacín, como todos los días! Javi y yo estudiamos los mapas: no estamos previendo el recorrido de mañana, sino simplemente intentamos descubrir dónde estamos y por dónde diablos habremos venido. La brújula no ayuda mucho en este laberinto.

Mientras tanto, los indios se han ocupado de las bestias y están preparando la cena para ellos, por todo lo alto. ¡Qué envidia! Claro, cuando les hemos sugerido al mediodía, un poco en broma, comprar una

Al pedir permiso al director de la escuela de Chiuro para sacar una foto a los críos, les hizo formar muy formalmente. Cuando se les pasó el susto, los chavales no podían aguantar la risa



Los Rarámuris

*"Si busco la alegría, la pierdo.
Si hago la alegría, la aumento."*

*"Nosotros rarámuris pensamos
que sólo hay dos gentes en el
mundo: uno ayuda y el otro no."
(*"La vida ante los ojos de un
rarámuri"* Wheeler R)*

PROBABLEMENTE aquellos cazadores y pescadores de raza mongoloide que hace unos veinte mil años, en el último paleolítico, emigraron desde Asia Central, se encontraron con el maíz, que revolucionó sus vidas. A comienzos de la era cristiana se establecieron aquí, en estas tierras mágicas, dotándose a lo largo de los siglos de una intensidad de vida, una forma natural de existencia, una belleza de relaciones humanas y una búsqueda de creación de felicidad que no han conseguido destruir los despojos de tierras, los sometimientos militares y los abusos de todo tipo a que se han visto expuestos por otras culturas tecnológicamente más avanzadas.

Hoy en día quedan sólo, y en peligro de extinción, algo más de 20.000 individuos rarámuris o tarahumaras ("los pies que corren"), diseminados por las escabrosas montañas del sur y suroeste del Estado de Chihuahua, en una zona de unos 34.000 km², que comparten desventajosamente con otras 100.000 personas, blancos y mestizos.

Generalmente son de porte esbelto, altura entre 1,58 y 1,65 metros, cabellera negra y lacia y un característico mentón huidizo.

La población está extremadamente diseminada (es posible que ningún asentamiento humano sobrepase los 100 individuos rarámuris). Su medio de vida más común se basa en la agricultura (maíz y frijoles) y en el pastoreo (caprino y vacuno). También perduran la recolección y la pesca, restos de una minería decadente y unos inicios de artesanía de la madera. Se protegen con unas 600 plantas medicinales.

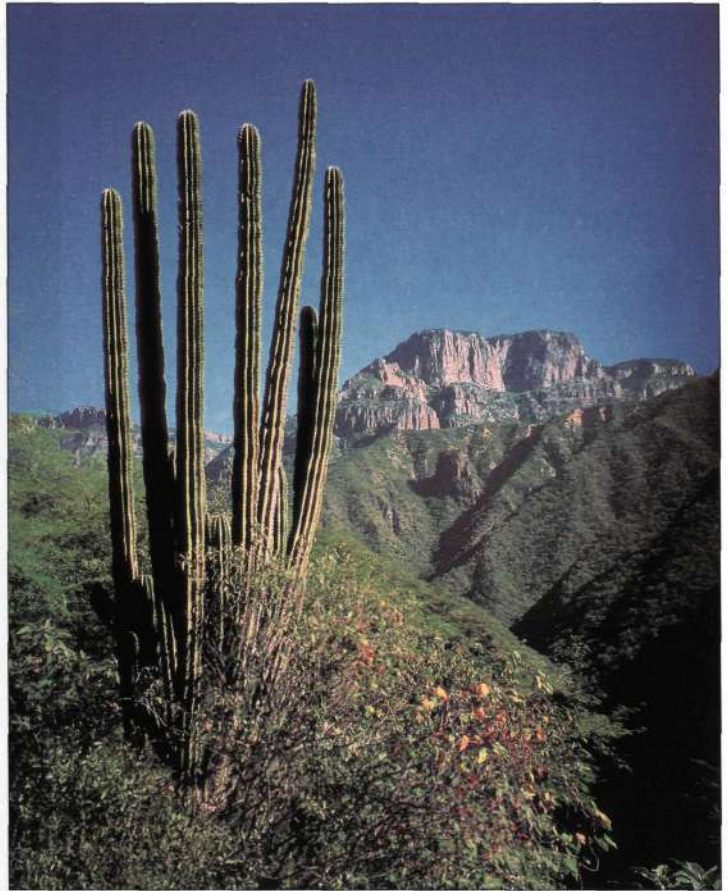
La mortalidad infantil sobrepasa el 50%. El 30% no habla español. Su alimentación se centra en el maíz, que cocinan de muchas formas (pinole, tortillas, tamales, atoles, pozoles...) y con el que preparan una bebida alcohólica, blancuzca y amarga, llamada "tesgüino". Las "tesgüinadas" son borracheras rituales colectivas, uno de los ejes de su vida religiosa, política y familiar.

Poseen un riquísimo acervo de leyendas, costumbre y tradiciones y una peculiar concepción religiosa del mundo y de la vida, colorida mezcla de religión propia y cristianismo con culto astral, ritos de fecundidad y ceremonias para alejar el mal, la más llamativa de las cuales es el culto al "peyote", de origen exótico. Al final lo resuelven todo con celebraciones de danzas (hay hasta ocho estilos diferentes). Las más famosas son las de "matachines" y las que se celebran en Semana Santa.

Quizá el rasgo más característico del folklore tarahumara sean las "carreras de bola" (y de "aro" entre las mujeres), que constituyen su esencia cultural. En origen se trata de desafíos entre dos comunidades y dan lugar a un voluminoso intercambio de apuestas. La carrera se celebra entre dos equipos y participa cada comunidad en su preparación, que puede durar varias semanas, y en su ejecución. La distancia acordada varía entre 100, 200 ó más kilómetros, repitiendo un abrupto circuito de entre 3 y 5 km, durante un día o varios, sin detenerse día y noche. Los corredores van descalzos o con "huaraches" (sandalias fabricadas hoy con tiras de cubierta de camión). Lanzan la bola (hecha con raíces de madroño, encina o álamo) con el empeine del pie, sin tocarla nunca con la mano y gana el equipo que, antes termina o el que más vueltas consigue hacer antes de que se retiren todos los componentes del equipo rival. Un tribunal de jueces garantiza la limpieza de las reglas del juego.



Los "rarajipames" o corredores de bola, corren descalzos o con "huaraches" (sandalias fabricadas hoy con tiras de cubierta de camión), todo lo más, cubiertos con los "huaraches", unas sandalias mínimas. Estos son los pies de Candelario



Según vamos descendiendo al fondo de la Barranca el paisaje se hace cada vez más tropical

cabrita, Neto se ha excusado diciendo: "Pues así que está muy batalloso para llevarla porque hay que ir jalando".

Dentro de poco cada uno estaremos metido en nuestro saco, debajo de un árbol, mirando entre las ramas el lento pasear de Orión y Casiopea alrededor de las dos Osas, y oyendo en la lejanía el canto de los coyotes mientras las llamas del fuego a cuyo calor duermen los indios, se van apagando poco a poco.

Urique

Ayer bajamos por fin al fondo de la barranca y esta misma mañana llegaremos a Urique, fin de nuestra marcha. El ambiente ha cambiado radicalmente. Estamos en el trópico. Han desaparecido el pino, la encina, el álamo, el fresno y el roble y ahora nos alucina la diversidad de árboles y plantas que desconocemos. Para nosotros son todas incontables variedades de cactus. Algunos nombres nos suenan: pitahaya (de fruto dulce), nopal (cuyo fruto es la tuna), magüey... y otros nos resultan absolutamente exóticos: capulín, tepeguaje, tejecote... También los frutales son distintos: de los manzanos y ciruelos de la sierra hemos pasado a ver plátanos, mangos, naranjos y café.

Hace calor y sufrimos de las incontables picaduras del mosco (y menos mal que no

Tito pasando a limpio los apuntes para documentar sus historias



nos hemos cruzado con huitache, la mosca venenosa). "Puro faldeo del último cerro, no más" y entramos en Urique, otra decadente reliquia minera de oro y plata. Hoy es sobre todo un cruce de comunicaciones al borde del río y constituye un estratégico punto de partida para internarse en las barrancas más conocidas. Un cartel nos saluda en el camino hacia la playa en la orilla del río: "Se prohíbe la entrada a personas que porten armas de fuego".

Nos despedimos formalmente de nuestros guías a la entrada del pueblo (hoy mismo se vuelven por la serranía después de hacer unas compras) y nos vamos a comer al restaurante del alcalde del pueblo. Antes hemos apalabrado el transporte en troquita, (cariñosa palabra que designa una camioneta, derivándose del inglés truck), para subir en unos diez kilómetros de pista descarnada y vertiginosa los 1.300 metros de desnivel que separan Urique del mirador de la barranca.

Un par de horas después empezamos a disfrutar de las comodidades del paraíso terrenal en el hotel La Misión de Cerocahui. □



Fotos del autor

El sol se refleja sobre la fachada de la misión jesuita de San Francisco fundada en Cerocahui en 1690

FICHA TECNICA

— El trekking por la Barranca del Cobre se realizó en cinco días, entre el 4 y el 11 de octubre de 1995. Las etapas fueron: Arenonapuchi - río La Laja - Huemachi - Arroyo Largo - Mescalerita - Urique. El promedio de cada día fue de 5 a 6 horas de marcha, con constantes desniveles y terreno muy duro.

— El viaje total duró tres semanas: la primera haciendo alpinismo en Colorado (USA) y la última recorriendo en coche la península de Baja California.

Componentes

— TITO ARREGUI, ANTON PIÑEL, JAVI CORRAL, AÑA PIÑEL y TXOMIN URIARTE.

Direcciones útiles

(Para contratar guía y arrieros)

— Pedro Palma:
Tel.: 52 14 166811 / Fax: 52 14 137360

(Agencias de viaje)

— En los Mochis (Sinaloa)
Viajes Flamingo
Tel.: 52 681 2 1613 / Fax: 52 681 8 3393

— En Chihuahua
Viajes Rojo y Casavantes
Tel.: 52 14 15 58 58 / Fax: 52 14 15 53 84

Bibliografía

— Fisher, R.D. "Mexico's Copper Canyon - Barranca del Cobre", Sunracer Publications, 1994.

— Hendricks, M.E. "Barranca Trails. Caminos Reales in Mexico's Copper Canyon", 1994.

— González Rodríguez, L. "Tarhumara. La Sierra y el Hombre", Editorial Camino, 1994.

— Wheeler, R. "La vida ante los ojos de un Rarámuri", Editorial Camino, 1994.

Mapas

— INEGI, Escala 1:50.000
"San Rafael" G13 A31. También alcanza al S "Batopilas" G13 A41 y al N "San José Guacayvo" G13 A21. Los dos primeros están agotados. Nos permitieron fotocopiarlos en las oficinas de INEGI en Chihuahua.

— INEGI, Escala 1:250.000
"San Juanito" G13-1

